

CAPÍTULO VIII

COMPOSICIÓN Y ORNATO DEL DISCURSO

Os he dicho que son raras las dotes de un perfecto improvisador, y os aconsejaba que escribieseis vuestros discursos, al menos en los principios de vuestra carrera apostólica. Mas para escribir un discurso, no basta ver el asunto de un modo vago, tomar la pluma y dejarla correr á la ventura. Por ese procedimiento, sea cual fuere la prontitud de vuestras ideas y abundancia de palabras será vuestro papel mesa revuelta, congeries quizá de valiosos materiales, pero tan desordenados que resultará imposible seguir el desarrollo de la idea principal en que ha de fijarse la atención. No os prohibo ceder al entusiasmo que devora á una alma joven ante un asunto grandioso, ni quiero que malogréis la impetuosidad de los primeros movimientos. Sin embargo, no os dejéis arrastrar. Al sentir ese movimiento, recogeos, reflexionad, y no procedáis á componer el discurso sin plan bien meditado, divisiones

claras, ideas metódicamente clasificadas y lógicamente deducidas, donde todo conspire á una conclusión precisa y práctica que, cautivando las almas, sea el triunfo de vuestra elocuencia.

No faltan quienes, con buena intención, cual supongo, no sin esperanza de algún lucro, editan colecciones de planes con títulos más ó menos alicientes de *Auxiliar del Púlpito*, *Tesoro de Predicadores*, ó cosa así. De todo traen: sermones de Adviento, cuaresmas, ejercicios, novenas, octavarios, panegíricos, sermones de circunstancias; no queda más dificultad que la elección. Que en un momento de prisa, y á más no poder utilicéis esos libros, no me parece mal; pero advirtiéndole que os exponéis á no ser nunca los mismos y á carecer de toda originalidad.

¡Cuánto mejor sería que sacaseis de vosotros lo que queréis decir! ¿Sois novicios en el arte, no acertáis á determinar el orden y las líneas de un discurso? Pues haced un estudio de los mejores autores. Ved cual aprende el arquitecto á levantar el plano de un palacio ó de una casa: estudiando y examinando monumentos ó edificios ya construídos. Estudiad y examinad discursos ya compuestos, buscad la idea madre, las proposiciones que indican su principal desarrollo, los miembros que precisan sus detalles, y en todo, el fin que se propone el orador. Enteraos del va-

lor de las pruebas, exactitud de los razonamientos, arranques oratorios, legitimidad y fuerza de las conclusiones, forma en que se imponen prácticamente al auditorio. Aplicados estos procedimientos de análisis y examen á cierto número de discursos escogidos de los mejores predicadores y coferenciantes más acreditados, estaréis en condiciones de redactar vosotros mismos los planes de vuestros trabajos y valdrán de seguro estos bocetos más que cuantos pudieris tomar de las citadas publicaciones: valdrán más, porque serán obra vuestra, y sabréis darles más importancia.

Buscad, pues, por propia cuenta un tema: fácilmente le hallaréis, si habéis hecho buenos estudios y consultado asiduamente los modelos recomendados. No hay necesidad de que sea nuevo. *Nil sub sole novum*. Sólo los grandes genios tienen el privilegio de descubrir en la verdad aspectos reservados. Para el común de los oradores, no cambia la materia predicable: son siempre los mismos dogmas que explicar y defender, los mismos preceptos que intimar á la conciencia, los mismos vicios que destruir, las mismas virtudes que recomendar é inculcar. Y así, poco da que un tema se haya tratado mil veces por vuestros predecesores en el púlpito cristiano; vosotros sabréis renovarle y exornarle con la originalidad de vuestro punto de vista, apro-

piado al tiempo, lugar, circunstancias y auditorio, y con vuestro esmero en fundir en molde propio, los pensamientos más verdaderos y salientes que en los demás habéis recogido.

Prefijado el tema, condensadle en una idea principal bien especificada y definida, donde ya se descubra el fin que os proponéis. Dividid esa idea capital en otras subordinadas que determinen las partes del discurso, y haced lo propio con estas hasta agotar la materia, pero evitando repeticiones, difusión y detalles innecesarios.

Para mayor claridad, pongamos por ejemplo un sermón de Bourdaloue: quiere este predicar sobre *Dilación de la penitencia*.

IDEA CAPITAL

No se ha de dilatar la conversión. El pecador que tal hace es temerario.

PRINCIPALES PROPOSICIONES QUE DESARROLLAN

LA IDEA CAPITAL

Tres cosas requiere la conversión: tiempo, gracia y voluntad. En primer lugar, es temerario el pecador que se promete, en lo sucesivo, tiempo de convertirse a Dios.

2.º Es temerario, presumiendo no le faltará la gracia.

3.º Es temerario, lisonjeándose de que tendrá voluntad.

SUBDIVISIÓN

DESARROLLANDO LA PRIMERA PROPOSICIÓN PRINCIPAL

1.º El pecador se promete tiempo futuro.—Consideraciones sobre las tres fases del tiempo.—El *pasado* acabó.—El *porvenir* aun no existe.—Sólo podemos contar con el *presente*.—Palabras de la Escritura y de los Santos Padres que nos estimulan á aprovechar el tiempo presente.—Es el único cierto para nosotros. Del porvenir, solamente se nos asegura que seremos sorprendidos. Dios nos avisa.—¡Qué temeridad, exponerse á tal sorpresa!....

2.º El pecador se promete, en lo futuro, tiempo oportuno de penitencia.—Mas tiempo de penitencia es el que Dios ha escogido, regulado y fijado, y ese tiempo es la hora presente: *Ecce nunc tempus acceptabile*. ¡Qué temeridad prometerse otro distinto!

SUBDIVISIÓN

DESARROLLANDO LA SEGUNDA PROPOSICIÓN PRINCIPAL

Dios, á no dudarle, promete su gracia, y es fiel en sus promesas, pero su fidelidad no podrá en caso alguno servir de fundamento á la temeridad del pecador; porque:

1.º Prometerse adelante, la gracia de Dios permaneciendo de presente en hábito de pecar, es querer que Dios sea fiel á quien sólo le ofrece los restos de una vida sacrificada al mundo y gastada en iniquidad.

2.º Prometerse etc., es combatir á Dios con sus propias armas y servirse de su fidelidad y misericordia contra El mismo.—Es pecar porque Dios es bueno.—Es abusar de su propia gracia para ofenderle.—¿Si Dios no atendiese más que á su justicia!—¿No es maldad querer hacer menos por un Dios manso y sufrido de lo que se hiciera por un Dios inflexible y despiadado?

3.º Prometerse etc., es pretender que Dios se haga fautor y cómplice de nuestros desórdenes.—Abusar, como lo hacemos, de su bondad, para prolongar nuestras faltas y el miserable estado de nuestra alma, ¿no es el colmo de la temeridad y provocarle á que nos abandone para justificar su providencia y defender los divinos fueros de su santidad?....

SUBDIVISIÓN

DESARROLLANDO LA TERCERA PROPOSICIÓN PRINCIPAL

El pecador rezagado cuenta con su voluntad, cuando:

1.º La culpa reduce al hombre á tal estado de miseria, que no puede fiar de su voluntad.—Si hoy se halla débil para salir del pecado, ¿no ha de estarlo más según vaya adelantando en el camino del vicio?

2.º ¿Y no habrá todavía mayor obstáculo para cambiar de voluntad con verdadera penitencia sobrenatural, en el último momento, tras una vida impenitente; entre dolores y angustias precursoras de la muerte?

CONCLUSIÓN

Sigamos el consejo del Apóstol y el encargo que nos hace de no recibir en vano el don de Dios. El tiempo es favorable: la Cuaresma. La gracia es abundante:—la Iglesia, nos abre en este tiempo sus tesoros. La disposición de nuestras voluntades más propicia en estos días santificados por la piedad de los fieles.

Digamos, pues, á Dios como David: *Nunc cœpi.*

He ahí un ejemplo que vosotros mismos po-

deís multiplicar en vuestros estudios preparatorios. De ese modo, os haréis capaces de construir planes sólidos y fecundos, á imitación de los insignes maestros de elocuencia sagrada.

En su construcción, no perdáis nunca de vista el punto y término de partida, y entre ambos extremos formulad bien el tema; según aquel axioma: «Cuestión bien propuesta, cuestión resuelta.»

Procurad ante todo claridad, orden, generación lógica de los pensamientos y sus desarrollos.

Preved, con indicaciones, los movimientos oratorios que deberán animar el discurso.

No incurráis en excesos de método, ni os ingeniéis en dar á las partes de vuestro discurso iguales proporciones estableciendo entre ellas un paralelismo exagerado y puramente artificial.

Cuanto á la ejecución material del plan, es asunto de industria privada. Válense unos de un cuadro con distribuciones ó claves, y otros de hojas separadas. Poco importa: «No os faltará, dice un antiguo, abundancia y facilidad con un plan bien concebido: *Si recte rem conceperis, nec facundia dicendi, nec sermo deseret ullus.*»

Construido el plan, falta desarrollarle. Servíos para ello de vuestros trabajos personales y apuntes coleccionados, y como estimulante, en caso de necesidad, leed algunos buenos discursos sobre

el punto que tenéis entre manos: ya en sazón, comenzad á escribir.

Podéis dejar á un lado el exordio, para volver sobre él, terminado el discurso. Esa entrada en materia será tanto más precisa y capaz de llamar la atención de vuestros oyentes cuanto, según consejos de los maestros del arte oratoria, la hayáis tomado de las mismas entrañas del asunto: *Principia ex visceribus cause sumenda sunt* (1). El exordio ha de ser sencillo, fuera de raras circunstancias que piden súbita vehemencia, brillante majestad, ó bien hábiles y agudas insinuaciones ó salvedades.

El exordio sencillo conduce naturalmente á la proposición. Cuidad que esta sea clara, resplandeciendo á los ojos del auditorio la unidad de vuestro tema; sea además tan fecunda, que contenga como hecha la división, y esta proceda de ella con la mayor sencillez y naturalidad. Tal es el consejo que nos da Fenelón: «La proposición es el discurso abreviado; y este es la proposición desarrollada» (2).

A este desarrollo debéis aplicar todas vuestras facultades, conocimientos adquiridos é industria, demostrando con orden y vigor, poniendo de relieve la belleza y atractivos de la verdad; ha-

(1) CICERÓN, *De Oratore*.

(2) FENELÓN, *Carta primera sobre la Elocuencia*.

ciéndola penetrar en las almas y asegurando su triunfo en la vida práctica.

Las reminiscencias, que conservaréis, de vuestros estudios de retórica, me excusan de explicaros las diferentes formas de argumentos utilizables: inducción, silogismo, entimema ó silogismo abreviado, dilema, sorites ó serie de proposiciones con mutua dependencia, enumeración, confirmación de las pruebas con símiles, contrastes, conveniencias, repugnancias, proporciones de menos á más ó viceversa, de igual á igual, y finalmente con testimonios y ejemplos.

Insistiré en estos dos últimos.

El primer testimonio que podéis y debéis invocar en apoyo de vuestra enseñanza apostólica, es el de la Escritura. Pero una cosa es invocarla como autoridad, y otra emplearla como ornato.

Como autoridad en confirmación de una doctrina, las citas bíblicas no valen ni deben aducirse sino en el sentido del autor ó en sentido conexo. El del autor es el sentido directo de las palabras, cuya significación y valor ha de ponderarse; y también el sentido consiguiente que dice estrecha relación al directo, y de él resulta como conclusión de las premisas: sentido no menos intentado por Dios en la inspiración, ya que en las premisas va la consecuencia.

Como adorno, puede la cita bíblica dar sagrado realce á nuestra palabra, pero hay que usarla con atinadas precauciones. «Nada tiene de particular, dice el P. Longhaye, que se aplique un texto de la Escritura á casos moralmente idénticos, se traslade á tal persona ó á tal pueblo lo que el escritor sagrado pudo decir de una persona ó nación de su tiempo. Aún sería legítima, sin miedo á las exigencias de la crítica, la adaptación fundada no en identidad moral, sino en pura analogía, con tendencia al sentido espiritual y convirtiendo el texto ó pasaje bíblico en figura de un objeto ó suceso diferente.» Mas á veces recae la adaptación sobre el significado mismo del texto, y en parte le transforma: que es lo que en rigor se llama sentido acomodaticio.

No le reprobemos ni despreciemos, puesto caso que la Iglesia le usa en su liturgia, mas usemos de él con prudencia. «Para ser buena y correcta la acomodación, ha de ir basada en el sentido literal, jamás en un contrasentido ó en un hecho inexacto; ni tampoco en un texto incompleto ó en un relato mutilado, siempre que de mutilar este á truncar aquel se induzca á los fieles á error sobre el texto bíblico.» Quizá me repliquéis que esa regla muchas veces fracasa y que no pocos contrasentidos, inexactitudes y violencias, como decía S. Francisco de Sales, se hallan en las

obras de los Santos Padres y predicadores célebres. Pues no los imitéis en eso; que no os los he propuesto por modelos para que reproduzcáis sus imperfecciones.

Para entender bien el sentido literal, que debe guiarnos en el uso de la Escritura, no olvidéis que muchas palabras de la Vulgata traducidas del hebreo tienen diferente sentido en esa lengua que en el latín ordinario, pongo por caso: *verbum, virtus, veritas, iudicium, justitia, peccatum, mendacium*, y muchas otras; que ciertas locuciones no han de tomarse al pie de la letra, por ejemplo: *Jacob dilexi, Esau odio habui*, cuyo sentido es puramente comparativo, y no exclusivo; que deben tenerse en cuenta giros y locuciones propias del hebreo, y no buscar razones profundas y misteriosas en ciertos hebraísmos conservados en la Vulgata; que se ha de examinar el contexto, para que, libres de toda idea preconcebida, sólo veamos en el pasaje bíblico lo que hay, y no lo que se quiere ver. En resumen, «sed fieles á las reglas de exégesis, pero sobre todo no abuséis de agudezas. Al citar la Escritura, tratad de darle su verdadero sentido, literal ó legítimamente acomodado; para ello, hay que saber dudar y averiguar.» Así habla el autor de un excelente librito, en el cual van inspirados los consejos que acabo de daros, y cuya

lectura os recomiendo. Titúlase *Les contre-sens bibliques des prédicateurs*, por el P. Bainvel, S. J.

Aunque las citas de la Escritura sean útiles, y aun necesarias, no recarguéis de ellas el discurso. Ligadlas hábilmente entre sí, de manera que formen un solo cuerpo de pruebas en apoyo de vuestra enseñanza. Fundidlas tan bien en vuestra argumentación, que no resalten, aunque se eche de ver que os servís de la palabra de Dios. Evitad sus repeticiones en esa especie de estribillos que asemejan el discurso á un cántico piadoso. Mas sobre todas cosas, no abuséis de ella para retruécanos, gracejos y agudezas que tan mal sientan en una persona sagrada. Por fortuna se ha desterrado casi enteramente del púlpito ese abuso, contra el cual levantaron su voz los Padres del Concilio de Trento. Extirparle de vuestras conversaciones, para no exponeros, en la predicación, á las desagradables sorpresas de una mala costumbre.

Al testimonio de la Escritura sigue el de los Santos Padres, autores eclesiásticos, teólogos, especialmente los honrados por la Iglesia, con el título de Doctores. Son los principales órganos de la tradición y como heraldos de la Iglesia en la enseñanza del dogma y de la moral cristiana. Exclama La Bruyère: «¡Padre de la Iglesia, Doctor de la Iglesia, qué nombres!—¡Qué consuelo para